

roe, se complace en oponer la sencillez de Carlo-Magno al fausto de su corte. Un día de fiesta el emperador propuso una cacería. Llevaba un traje de piel de oveja; los grandes del imperio que llegaban de Pavía, á la que afluan las riquezas del Oriente, iban vestidos con trajes recargados de pájaros de Fenicia, bordados de seda, adornados con plumas de pavo real y ornados de púrpura. El día era frío y lluvioso. Volvieron destrozados por las espinas y las zarzas, calados por la lluvia; cuando quisieron secarse, aquellas delgadas pieles y finas telas se arrugaron y se encogieron al fuego, y se rompieron produciendo un estallido semejante al que hacen las ramas secas al romperse. Al día siguiente se presentaron, por orden de Carlo-Magno, con sus vestidos de la víspera, que no eran ya más que trapos sucios y sin color. El emperador, ostentando con orgullo su vestido de piel de oveja, les dijo: «¡Oh, vosotros los más locos de los hombres! ¿Cuál es el más precioso de nuestros vestidos? ¿El mio, que he comprado por dos cuartos, ó los vuestros, que os han costado libras de plata?» (1).

Carlo-Magno, aún cuando prefería la sencillez al lujo, obedecía al instinto de los grandes conquistadores: aproximaba á los hombres favoreciendo las comunicaciones. Lo que para él era un medio de gobierno, fué para el comercio la más poderosa de las protecciones. Pero aquí se revela, como en todas partes, la debilidad de la unidad carlovingia; el emperador fracasó en sus grandes desig- nios; la barbárie de los tiempos y el predominio de los intereses locales se le sobrepusieron. Concibió el proyecto de unir el Rhin con el Danubio por medio de un canal; este trabajo gigantesco hubiera unido el Báltico con el mar Negro, Constantinopla con Alemania. Carlo-Magno puso en la ejecución de su idea todo el ardor de un conquistador; marchó él mismo con su corte al lugar de los trabajos y pasó allí el otoño para activarlos. Pero la ciencia estaba poco adelantada: «La continuidad de las lluvias, dice *Eginhardo*, que caían sobre un terreno pantanoso, detuvo los trabajos; lo que se hacía de día se desmoronaba de noche» (2).

(1) MONACH. SANGALLENS., II, 17 (PERTZ, II, 760).

(2) EINHARDI *Annal.* ad a. 793.

Una de las necesidades de un gran imperio son las comunicaciones rápidas, ya para la guerra, ya para la administración. Roma empleó sus legiones en construir magníficas vías, que parecían destinadas á la eternidad como la Ciudad Eterna. En todos los grandes caminos se levantaban casas de posta-en que se recibía á los que viajaban para el servicio de la república; se les proporcionaban caballos, coches, y aún lo necesario para la vida (1). Esta institución subsistió aún despues de la invasión de los pueblos del Norte. Pero las postas perdieron entre los Francos el carácter que las distinguía entre los Romanos. Los Bárbaros carecían de administración central; no tenían idea del Estado ni de un servicio público. Las postas, así como las vías, fueron abandonadas por los nuevos dueños de las Galias; se trasformaron en una carga local que pesaba sobre los habitantes (2). Carlomagno, cuyos enviados recorrían con regularidad el inmenso imperio, trató de reorganizarlas. Empleados especiales se encargaron de recibir las legaciones y de preparar de antemano todo lo que fuese necesario para el sostenimiento y transporte de las personas provistas de cartas reales. Este ensayo de centralización fracasó lo mismo que la unidad del imperio. Las leyes mismas que debían remediar los abusos, nos muestran cuán incurables eran éstos. Luis el Piadoso se queja con dolor de la mala reputación que los reyes francos tenían entre las naciones extranjeras; no se limitaban á rehusar las subsistencias y los medios de transporte á los enviados; se los robaba y se empleaba la violencia para saquearlos. El piadoso rey hace un llamamiento al honor para poner al reino á cubierto de semejante vergüenza (3). No fué escuchado el llamamiento; la institución de las postas cayó con el edificio de la unidad romana, bajo el cual los Bárbaros habían procurado abrigarse, pero que eran incapaces de sostener (4).

Las costumbres tenían más fuerza que el legislador. Se acercaba el feudalismo; la fuerza dominaba ya. Para ponerse al abrigo

(1) *Real Encyclopædie der Alterthumswissenschaft*, t. v, p. 1944.

(2) GUERARD, *El Poliptico del abate Irminon*, t. I, p. 310.

(3) *Capit. Aquisgr.*, a. 825, c. 16, 19 (PERTZ, *Leg.* I, 245).

(4) Una capitular de 850 habla de los *paravereda* como de una institución caída en desuso (PERTZ., *Leg.* I, 405).

de las violencias los mercaderes se reunían en caravanas y se ponían bajo la protección de la religión. Los mercados se verificaban á la sombra de las catedrales; la santidad del lugar ofrecía un apoyo á los extranjeros, aún á los infieles. En las ferias de San Dionisio (1) se veía á los Anglo-Sajones, á los Lombardos, á los Griegos y á los Sarracenos. Pero los santos mismos eran impotentes para proteger á los mercaderes contra las vejaciones que les esperaban en el camino. El sostenimiento de los caminos, la construcción y la reparación de los puentes, el encauzamiento de los ríos se hacían por medio de prestaciones personales. Carlo-Magno desplegó inútiles esfuerzos en ordenar y activar estos trabajos. En el siglo x no se podía atravesar el puente de Meaux sino colocando un escudo en los puntos en que se hallaba roto (2). Para cubrir los gastos de sostenimiento se exigía á los mercaderes toda clase de impuestos, derechos de puertas, pontazgos, portazgos y barcajes (3); estos impuestos daban lugar á mil abusos. Carlo-Magno repite en vano en sus capitulares que no se debe pedir retribución alguna á los viajeros sino cuando se les presta algún servicio; se ve por sus numerosas ordenanzas que los agentes locales hacían pagar los derechos de barcaje en pleno campo, derechos de puertas allá donde no las había y pontazgos donde no había puente. Se tendían cuerdas en los caminos y en los bosques para que los viajeros no se escapáran; se detenía á los habitantes que transportaban sus efectos de una casa á otra ó que se marchaban al ejército (4). Los enviados del emperador tenían orden de reprimir estas vejaciones con las penas más severas, á fin de inspirar terror á aquellos que quisieran imitar á los culpables (5); pero estas repetidas instrucciones fueron inútiles. Aun en tiempo de Carlo-

(1) Las ferias de San Dionisio eran ya célebres en tiempo de los Merovingios; se ve por un diploma de 629 que los mercaderes italianos iban á las ferias de París y se encontraban allí con mercaderes sajones, provenzales, españoles y de diversas naciones trasmarinas. La feria duraba cuatro semanas (BOUQUET, *Recopilación de los historiadores*, t. IV, p. 627).

(2) RICHER, *Histor.*, IV, 50 (PERTZ, t. III, p. 643).

(3) DUCANGE, en las palabras *Portaticum*, *Pontaticum*, *Portulaticum*, *Cespitaticum*, *Rotaticum*.

(4) *Capitulare II*, a. 805, c. 13.—*Capitul.*, a. 819, c. 4.—*Capitul.*, a. 820, c. I.

(5) *Capitul.*, 823, c. 19.

Magno las leyes no tenían fuerza. El gran rey hizo una heroica tentativa para contener la disolución de la sociedad; fracasó en ella, porque la disolución era necesaria y providencial.

N.º 4. — *Relaciones intelectuales.*

Los esfuerzos de Carlo-Magno para detener la decadencia de los estudios fueron igualmente impotentes. Esto no impide que el movimiento intelectual que imprimió á su siglo sea uno de sus más bellos títulos de gloria. Carlo-Magno amaba con pasión la ciencia; la consideraba como el principio de las buenas costumbres. En la capitular sobre la fundación de las escuelas en los monasterios y en los obispados (1) se leen estas bellas palabras: «Vale más obrar bien que saber mucho; sin embargo, para obrar bien es necesaria la ciencia. Importa que todo el mundo aprenda las cosas que desea hacer para que comprenda mejor lo que debe hacer.» Las conquistas que Carlo-Magno hizo en provecho de la ciencia nos reconcilian con el rudo guerrero; se sirvió de sus inmensas relaciones para establecer en toda Europa vínculos, no manchados por la violencia, pero que solamente la guerra había hecho posibles.

Las grandes conquistas ofrecen mayor campo á las inteligencias. Hemos dicho en otra parte que el cosmopolitismo estóico se desarrolló bajo la influencia de la dominación romana. Carlo-Magno vivía en medio de una civilización pobre, pero el conquistador ensanchó el horizonte del Bárbaro. «Quería bien á los extranjeros, dice Eginhardo, y ponía todo su cuidado en acogerlos; así es que concurrieron en tan gran número que se los consideraba con razón como una carga demasiado dispendiosa. En cuanto al rey, la elevación de su alma le hacía mirar esta carga como ligera; hallaba su recompensa en las alabanzas prodigadas á su magnificencia y en el esplendor que adquiría su nombre» (2). Un rasgo que refiere el *Monje de San Gall* pinta admirablemente las simpatías que le merecían á Carlo-Magno los extranjeros instruidos. Sucedió que en las costas de la Galia desembarcaron juntamente

(1) BALUZE, *Capitul.*, I, 201.

(2) EGINHARDO, *Vida de Carlo-Magno*, c. 21.

con unos mercaderes bretones, dos Escotos de Hibernia, hombres de incomparable ciencia. No presentaban mercadería alguna, pero gritaban todos los días á la muchedumbre que iba á comprar: «Si alguno quiere sabiduría que venga aquí; nosotros se la venderemos.» Tanto gritaron, que las gentes, extrañadas, hicieron llegar el suceso á oídos del rey. Carlo-Magno les hizo venir inmediatamente y les preguntó si era verdad que tenían la sabiduría. Contestaron: «La tenemos, en nombre del Señor, y la damos á los que la buscan dignamente.» Como les preguntase lo que querían en recompensa, respondieron: «Un lugar cómodo, criaturas inteligentes, y aquello de lo cual no se puede prescindir en la peregrinación de este mundo, el alimento y el vestido. El rey, lleno de alegría, confió á uno de ellos las escuelas de las Galias; al otro le dió el monasterio de San Agustín, cerca de Pavía (1).

La predilección de Carlomagno por los extranjeros, que Eginhardo encuentra excesiva, era una necesidad en el estado en que se encontraba el imperio de los Francos en el siglo VIII. No es que nosotros imputemos la ruina de las letras á los Bárbaros; rápidamente declinaban ántes que éstos hubieran puesto el pié sobre el suelo del imperio. Pero la barbárie germánica se mezcló con la decrepitud romana; las largas guerras civiles que desgarraron la Galia bajo los Merovingios, aniquilaron la cultura intelectual que quedaba en ella. Para devolver la vida á la ciencia por medio de la enseñanza, fué necesario recurrir al extranjero. La Italia y la Inglaterra eran en aquella época los dos focos desde donde se difundía la luz sobre el resto de la Europa: «Carlo-Magno, dice el Monje de Angulema, reunió en Roma maestros del arte de la gramática y del cálculo, y los llevó á Francia ordenándoles que propagáran el gusto de las letras; porque ántes del Señor Carlos no había en Francia estudio alguno de artes liberales» (2). Se llevó consigo á Pedro de Pisa, que había sido profesor en Pavía, y á Pablo Warnefrido. El primero tuvo la dirección de la escuela del palacio, á la que pertenecían el emperador, los príncipes de su familia y los personajes más distinguidos de su corte. Pablo War-

(1) MONACH. SANGALL., I, 1, 2 (PERTZ, II, 731). Traducción de MICHELET.
(2) MONACH. ENGOLISMENSIS, *Vita Caroli Magni*, ad a. 787. (PERTZ, I, 171.)

nefrido, Lombardo de origen, había escrito la historia de su pueblo; después de la ruina de la dominación lombarda, Carlo-Magno le concedió un asilo en el monasterio del Monte-Casino. Permaneció adicto á sus antiguos reyes, y hasta se le acusó de haber tenido parte en una sublevación contra los Francos. En aquellos rudos tiempos la muerte ó la mutilación era la consecuencia inevitable de semejante acusación. Aconsejaron á Carlo-Magno que privara al rebelde de la vista y le cortara las manos: «¿Y dónde encontraremos después, respondió el rey, una mano tan hábil para escribir la historia?» (1).

En el siglo VIII la Inglaterra era foco de un movimiento intelectual más poderoso quizás que la Italia. Misioneros salidos de Roma habían propagado en ella la fe cristiana, y con la fe la civilización latina. Las crónicas dicen que un monje italiano hizo correr sobre la tierra inculta de su patria adoptiva el río de la ciencia; Teodoro enseñó las letras griegas y romanas, la doctrina de la Iglesia y las artes seculares. «Jamás, dice Beda, desde su invasión en la Bretaña vieron tiempos más felices los Anglo-Sajones, porque tenían reyes cristianos, terror de los Bárbaros, y cualquiera que quisiese estudiar las ciencias sagradas fácilmente encontraba maestros» (2). El ardor de la religión, unido al celo de la ciencia, imprimió una actividad admirable á los espíritus. De los monasterios de la Bretaña salieron los apóstoles de la Germania y los regeneradores literarios de la Galia (3). Alcuino, «hombre de ciencia universal» (4), hubiera reanimado la vida intelectual de la Europa, si esto hubiera sido posible; su influencia, aunque más modesta, no fué menos feliz. Aquellos misioneros de la ciencia depositaron en los conventos gérmenes de los cuales se aprovecha aún hoy la humanidad.

(1) *Chronicon Salernitan.*, c. 9 (PERTZ, III, 476).

(2) BEDA, *Hist. Eccl.*, IV, 1, 2.

(3) El monje Heiric d'Auverre dice que «la Hibernia entera, arrojando la distancia de los mares, emigró á las costas de las Galias con su rebaño de filósofos» (*Dedicatoria del poema d'Heiric sobre la vida de San German. Acta sanctorum*, 21 de Julio).

(4) EGINHARDO, *Vida de Carlo-Magno*, c. 25.